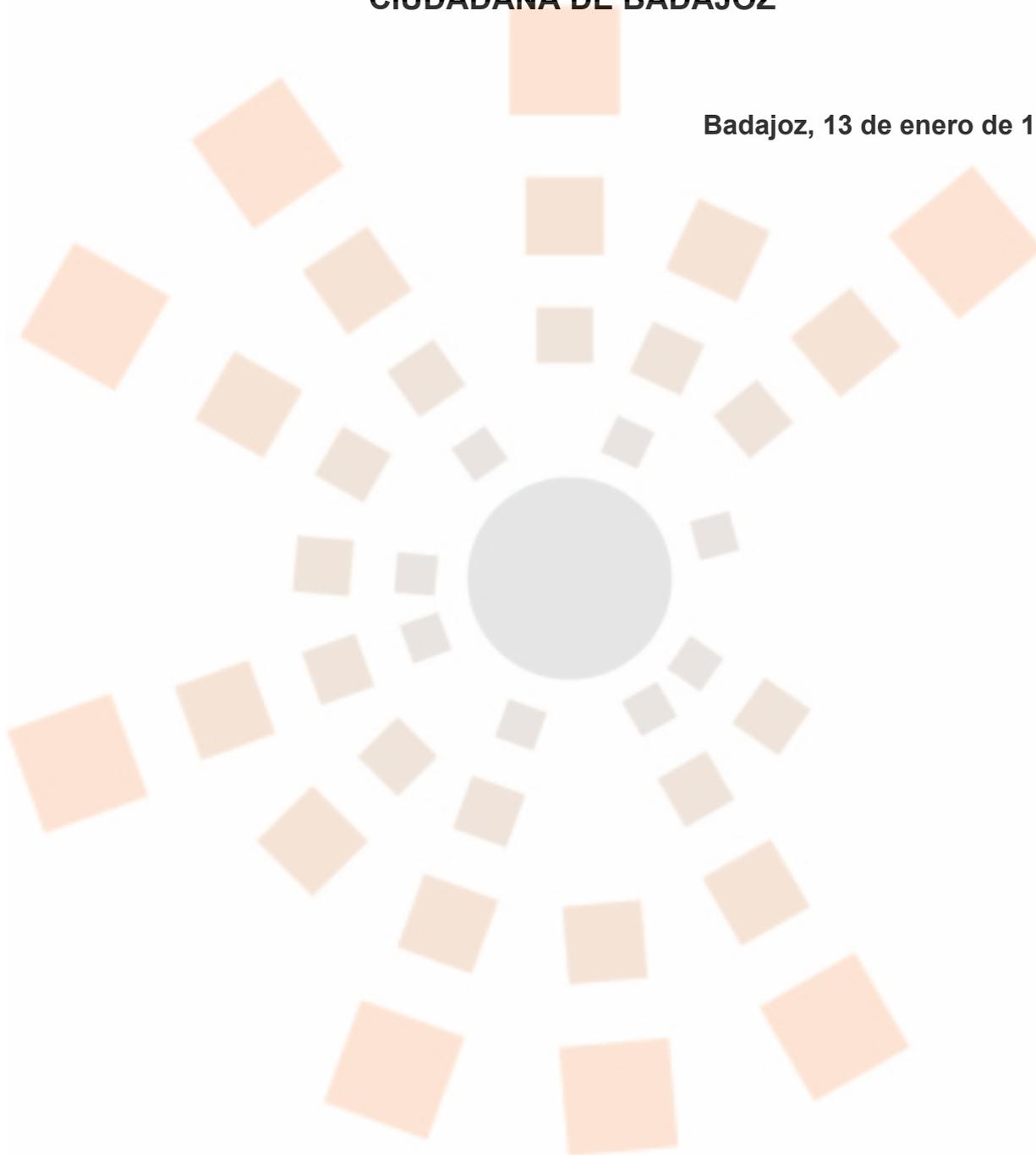


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE
CLAUSURA DE LAS II JORNADAS DE PARTICIPACIÓN
CIUDADANA DE BADAJOZ**

Badajoz, 13 de enero de 1995



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LAS II JORNADAS DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE BADAJOZ

Badajoz, 13 de enero de 1995

Buenas noches a todos; al movimiento asociativo aquí representado; a las ONG asistentes; a los sectores empresariales; a las instituciones pacenses y portuguesas aquí reunidas; señoras y señores.

Desde Extremadura siempre se ha hablado con fuerza del principio de solidaridad en unas u otras de sus concreciones. Pero los extremeños sabemos que no toda la solidaridad acaba en nuestra Región, sino que esa especial sensibilidad que hemos desarrollado alrededor de esta idea, nos impulsa a aplicarla también más allá de nosotros; como el accidentado que toma conciencia de la importancia de la donación de sangre, precisamente por haber necesitado de ella. En relación con la solidaridad, que es uno de los ejes de estas Jornadas, y con otros valores y principios consustanciales con ella, me gustaría hablarles esta noche.

Hace tres meses, tuve ocasión de exponer a los extremeños unas consideraciones personales sobre el valor actual de los principios éticos, de los ideales en la vida política y en la actividad particular en una sociedad moderna. Finalizaba aquella intervención pública, haciendo votos porque en el futuro el adjetivo "idealista" fuera considerado un elogio, y no una descalificación, como ahora sucede. Éste me parece el mejor foro para continuar aquellas reflexiones que, desgraciadamente, en algunos medios de comunicación se redujeron sólo a una invocación de solidaridad para Ruanda cuando pretendían ir mucho más allá.

Tal y como dije entonces, respecto de esos desastres concretos del Tercer Mundo, cada uno sabrá desde su postura personal o sus responsabilidades institucionales, qué es lo que puede y debe hacer. Por mi parte, ya hice lo que entendí que me correspondía como ciudadano y como Presidente del Gobierno Regional y, tal y como me he marcado como pauta de conducta en este aspecto, no voy a reiterar ni a utilizar en ningún sentido estas medidas de solidaridad. Estimo sinceramente que, para que haya un consenso social y político al respecto, no debemos ni pensar en intentar capitalizar partidistamente unas decisiones que vienen impuestas por nuestra ideología común y por un acuerdo social enorme.

Lo que querría es insistir en la base de estas decisiones y otras muchas; en el sustrato que debe mantenerlas y animarlas, para que no funcionemos a impulso de los impactos de los medios de comunicación, sino que establezcamos los principios para que las explosiones de solidaridad se conviertan en actitudes normales, diarias, permanentes. Como decía entonces, lo que pretendo es que algo más profundo que la cartera se mueva en nuestro interior. Es examinar las causas, no de los conflictos políticos y sociales del Tercer Mundo, sobre los que cada uno tendrá una opinión, sino las consecuencias de esas terribles situaciones en nuestras tablas de valores occidentales y desarrolladas, o, desgraciadamente, la ausencia de una reacción eficaz ante esos hechos en unas sociedades europeas

que han contribuido como ninguna, a lo largo de la historia del pensamiento, a levantar un edificio intelectual basado en el derecho a la felicidad de todos los seres humanos. Si las sociedades occidentales tienen los medios para acabar con ese dolor y muchos otros y tienen también esos códigos filosóficos y políticos para reconocer la injusticia y justificar su intervención, ¿por qué hace falta tanto esfuerzo para movilizar a la gente con la debida eficacia, en situaciones como las que se han dado y se darán en el Tercer Mundo?.

En mi opinión, el simple envío de ayuda económica cada vez que se producen primeras páginas en los periódicos, no conduce por sí solo a soluciones aceptables y permanentes. Es más, parece que una vez conseguida esa ayuda urgente, nos quedamos más tranquilos, más relajados y aflojamos la tensión que siempre debería rodear a estos hechos. No. Lo que hay que hacer, en nuestras egoístas sociedades occidentales, es reintroducir los valores, los principios, allí donde ahora sólo cuentan los intereses y las conveniencias. Hay que provocar un rearme ético civil de la sociedad; crear una mayoría de ciudadanos que no reaccionen sólo ante los estímulos materiales, sino ante preocupaciones morales. Reinventar en nuestro discurso diario el criterio de los ideales absolutos, aquellos que nos han permitido elevarnos sobre la mera satisfacción de nuestros instintos.

Si así no fuera, nunca estaríamos seguros de que nuestra repentina generosidad no es hija de la hipocresía o del temor. Debemos mirar hacia nuestro interior y preguntarnos si la ayuda al Tercer Mundo está inspirada realmente en un impulso altruista de igualdad, de justicia y de solidaridad, o si detrás de esa pantalla grandilocuente lo que se oculta es el miedo a que una inmensa masa de desheredados, asalte de repente las murallas jurídicas que los países ricos han levantado para aislarse de un mundo que prefieren no ver más que por la televisión. Porque a pesar de las declaraciones universales de derechos, lo cierto es que hay actitudes muy profundamente arraigadas en nuestro subconsciente colectivo, como éste del recelo ante el extraño, el inexplicable desasosiego ante la presencia en nuestro entorno de muchos hombres y mujeres con otro tono de piel, con otros rasgos, con otras costumbres, con otras lenguas o con otras creencias. Por eso también, si ese miedo está en el origen de nuestra mal llamada solidaridad, no deberíamos estar precisamente orgullosos de ella, porque no sería tal. Sólo si nos mueve la justicia; sólo si realmente consideramos que nuestra común condición humana exige en todo caso el parcial sacrificio de nuestro bienestar, estaremos poniendo las bases para una verdadera y permanente solidaridad con el Tercer Mundo. Hay que actuar, por tanto, en todos los casos de injusticia, y no sólo en los casos en que esa injusticia representa un peligro para nuestras sociedades occidentales.

Y lo mismo sucede, a escala más doméstica. Si las ayudas a los necesitados de nuestras propias sociedades, a las minorías étnicas, a los inmigrantes, se dan a condición de que éstos no vivan cerca de nosotros; a que se les instales en "guetos" alejados, no serán producto de una exigencia ética. Es una profunda inmoralidad conmovirse con el telediario, lavarse la conciencia por la mañana poniendo en el banco una transferencia a favor de una ONG, mientras por la tarde se decide en la comunidad de vecinos que no se desea que en el edificio se instale una familia de gitanos o un grupo de trabajadores africanos. En ese fariseísmo está el verdadero mal de nuestra sociedad. Y en la superposición de los valores éticos creo que puede estar la respuesta definitiva al dilema.

Así pues, el día en que el argumento de la justicia o de la solidaridad o de la igualdad sean los únicos que nos muevan a intentar paliar el dolor inmenso que atenaza a la mayor parte del planeta, estaremos en el camino para evitar nuevas Ruandas, nuevas Etiopías, nuevas Yugoslavias o nuevas Chechenias. Como los escaladores alpinos, cuando nos pregunten, ¿por qué tienes que luchar contra el dolor, contra la injusticia, contra la infelicidad de los otros?, contestaremos: "porque están ahí", es decir, porque son un reto moral; porque su existencia es incompatible con la mía; porque sólo tengo derecho a mi felicidad si hago algo por la felicidad de los demás, de todos los demás; porque sólo dejo de ser un animal cuando intento rescatar a todos mis semejantes de esos umbrales de la animalidad. En resumen, porque mi actuación está inspirada por valores morales, por un código ético del que me siento orgulloso y por el que se han sacrificado antes de mí muchos nobles luchadores por la dignidad humana.

Y este discurso de los valores, de los principios, es perfectamente aplicable tanto al ámbito privado como al público. Las sociedades de las que formamos parte, como ya he dicho antes, pueden sentirse orgullosas de su contribución a la definición de un mínimo código ético de universal aplicación. Las declaraciones de derechos emitidas por los organismos internacionales, hijas de los ilustres precedentes revolucionarios, marcan el mínimo común denominador del estado actual de los valores de nuestra civilización. Esos principios prescritos como de validez general, son el marco de nuestra actuación y un escalón irrenunciable ya de nuestra elevación espiritual.

Dentro de este marco, también debemos intentar que nuestros juicios y actuaciones sigan a un juicio ético, a una valoración moral o a una aspiración ideal. Reivindico aquí, no sólo mi ideología, sino la ideología, todas las ideologías; y no sólo el derecho a tenerla y la libertad de manifestarla, sino algo más, la aspiración general a que nuestras acciones tengan una base ideal, y no un mero interés mezquino o una obtusa conveniencia.

Les aseguro que, si avanzásemos unos pasos en esa dirección, muchas de las actuales diferencias se podrían solventar. Si los políticos nos pudiéramos deshacer de esta pesada trama de justificaciones electorales; de intereses parciales y chatos; de conveniencias y timideces; de temor a malentendidos o a interpretaciones sesgadas; y si los ciudadanos no se escandalizasen al vernos actuar así, más descarnadamente, menos encorsetados, estaríamos llegando a un punto en el que las discusiones serían sobre los valores, sobre los principios y sentiríamos la levedad de nuestras responsabilidades al decidir algo porque es equitativo y no porque es menos caro; porque se acercan las elecciones, o porque es lo que crea menos complicaciones. Y si los padres orientáramos la vida de nuestros hijos no sólo por criterios materiales, y los educáramos, no para ser más ricos que nosotros, sino más felices, seguramente descubriríamos en ellos a los mismos inconformistas que fuimos nosotros, y eso nos reconfortaría en nuestra actual pasividad. Y si en nuestras relaciones privadas comenzáramos a valorar de verdad la bondad y la generosidad como un estadio ético superior y no como una debilidad del espíritu, porque hayamos comprendido que uno de bueno nunca se pasa para tonto, sino para mejor, a todos nos daría menos timidez mostrarnos como unos buenazos. Y si otros muchos sectores sociales creadores de opinión e influyentes entre los jóvenes comenzaran a acogerse a esa línea de regeneración moral, de superposición de lo espiritual a lo material, podríamos albergar la

esperanza de estar en el buen camino. Como lo están algunas de las personas que hoy nos honran con su presencia.

En efecto, hoy están entre nosotros representantes de algunas Organizaciones No Gubernamentales. Las forman personas que han dado ese salto cualitativo en sus vidas y por eso debemos reiterarles nuestro agradecimiento, un poco avergonzado. Y digo un poco avergonzado, porque, a poco que lo reflexionemos, nos daremos cuenta de que están trabajando en el Tercer Mundo de algún modo en nuestro nombre, pero también un poco para evitarnos el hecho de estar allí de verdad, sirviéndonos incluso de coartada.

Estos hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes, se están convirtiendo en la vanguardia moral de nuestra sociedad, porque siendo personas corrientes, los hijos o hijas de cualquiera de nuestros vecinos, o esa pareja ya metidita en años que junto con la renca y los pelos largos no se deshicieron de sus ideas de transformación del mundo, nos pueden mirar desde una insultante superioridad moral, porque ellos sí se la están jugando. No todos tenemos el estómago, la salud, o los años para empeñarnos de ese modo envidiable en la prosecución de nuestras ideas, y muchos de los que sí tenemos las condiciones, fallamos en las convicciones, porque nos da miedo, porque nos es incómodo, porque, y esto es lo peor, pensamos que esas actitudes individuales no son más que gestos bienintencionados, pero inútiles, ante la magnitud de las tragedias.

Muy por el contrario, son estos gestos los que crean las condiciones para movimientos de más alcance, como los de los gobiernos, a los que debemos exigir el esfuerzo que pueden realizar de acuerdo con sus medios. Aunque por mucho esfuerzo público, al final de la cadena, tras las resoluciones de la ONU, los masivos y organizados envíos gubernamentales, los puentes aéreos, los contactos diplomáticos, y las distribuciones oficiales, todos ellos con foto de sonrientes protagonistas, al final, como digo, en esa tienda de campaña maloliente, al lado del camastro del enfermo o de la parturienta, desesperado por la falta de medios, apretando los dientes y tragándose las ganas de salir corriendo, no hay un ministro, ni un diplomático, ni un relaciones públicas de una multinacional de la alimentación infantil, ni un propietario de unos laboratorios farmacéuticos, ni un general del Estado Mayor. No; hay un joven médico español, o una enfermera alemana o un estudiante noruego, anónimos, que dejan atrás una familia preocupada, pero orgullosa, y una cómoda habitación con sus libros, con sus posters y su carnet de Médicos Mundi o de cualquiera de esas otras ejemplares organizaciones humanitarias. Pero no es sólo eso, porque a su vuelta, reforzadas íntimamente todas las convicciones personales, esa persona volverá a las calles de su ciudad europea para vendernos una chapita, para pedir nuestra firma para modificar las leyes de inmigración, o para manifestarse frente a un Ministerio para que vayan más recursos al Tercer Mundo.

Y en esas mismas ciudades se van a encontrar con una juventud desconcertante, y yo creo que desconcertante por desconcertada. Aquí en Badajoz, sin ir más lejos, mientras unos jóvenes se han sumado a la campaña del 0,7% instalando las tiendas de campaña en Menayo, los estudiantes han tomado la calle, no para manifestarse por la solidaridad o el empleo, sino para mostrar la peor cara de las sociedades ricas, promoviendo una jornada en la que el alcohol ha sido el inspirador de gamberradas y de una toma de la ciudad que ha causado innumerables molestias para todos los ciudadanos. ¿Qué modelo de participación

propugnamos para el sector presuntamente más instruido de nuestra juventud, el de Menayo o el de la litrona?.

No vale cerrar los ojos y pensar que esos estudiantes no son ajenos. No. Esos estudiantes son los que se sientan a cenar todas las noches en nuestras casas y los que llegan de madrugada los fines de semana, dando algún traspies hasta llegar a su cuarto. Nada más lejos de mi intención que coartar la diversión nocturna de los jóvenes y menos jóvenes; creo que todos tenemos derecho a nuestro ocio en la forma que más nos apetezca, siempre que no molestemos a nuestros conciudadanos. E incluso tomar la calle con ánimo festivo es algo que los pacenses hemos hecho siempre sin erosionar la convivencia, no en vano somos famosos por nuestros carnavales. Lo que me pregunto es si son estas actitudes las que estamos promoviendo activa o pasivamente. Me pregunto si es posible trasladar este discurso de la necesidad de alcanzar un cierto grado ético a una parte de la sociedad demasiado influenciada por el grado ético. Y no olvidemos que esos estudiantes están recibiendo unos servicios públicos educativos muy costosos, y que están siendo pagados por los trabajadores de este país a través de sus impuestos, y que entre esos trabajadores hay también muchos jóvenes que, por unas u otras causas, no han podido disfrutar de esos privilegios. Seguramente esos trabajadores jóvenes no están por la calle hasta las tantas los días de diario, porque los relojes de sus fábricas u oficinas les van a reclamar a primera hora para un nuevo día de trabajo.

Y no pidamos a los poderes públicos más responsabilidades de las que tienen, porque éste, como en general la educación en sentido amplio, es un asunto principalmente familiar. Los valores, esos principios morales, sean religiosos o cívicos, no se están transmitiendo en los centros educativos, o al menos, no son las aulas las que principalmente están asumiendo esa labor. Sería además difícil que así fuera, porque en la educación en libertad, al contrario de lo que sucedía bajo el régimen autoritario anterior, la escuela no puede ser un mecanismo de adoctrinamiento unidireccional. A los jóvenes les llegan influencias, a veces mucho más poderosas que las de los profesores o incluso las de las familias, a través de los medios de comunicación de masas, y especialmente de la televisión. Es por tanto, en el origen de los múltiples y contradictorios mensajes que se emiten, donde debemos actuar para que ese nuevo clima de valores se extienda e impregne la formación de esos jóvenes sobre los que aún es posible implantar la horma de ciudadanos adultos y responsables.

El establecimiento de ese clima ético es pues responsabilidad de todos, de los poderes públicos, desde luego, pero también de las familias y de la sociedad en general. Y como en todas las facetas de la vida, también aquí es importante el ejemplo, el ejemplo de moralidad de los políticos, de los profesores, de los padres, de los informadores, de los intelectuales. Y por eso la presencia continúa estos últimos meses en la vida nacional de las Organizaciones No Gubernamentales me parece un buen síntoma, porque ellas representan perfectamente ese deseo de aplicar los códigos morales con la entrega personal, con el sacrificio, con el ejemplo.

En definitiva, con mi presencia en este acto, pretendía compartir con ustedes estas reflexiones sobre el actual valor de los principios éticos, de las obligaciones morales, para llamar la atención sobre los efectos positivos de su existencia, como en el caso de las Organizaciones No Gubernamentales de cooperación con el

Tercer Mundo, y sobre los efectos perversos de su ausencia, como en el caso de las fiestas alcohólicas de los más privilegiados de entre nuestros jóvenes. Entre esos dos polos debe moverse nuestra opción; entre la exigencia de un comportamiento derivado de una escala de valores, o la relajación de la entrega al placer egoísta e insolidario, a costa de los demás. Ojalá que dentro de unos años todos podamos considerarnos unos a otros, y también estos jóvenes desorientados, como unos afortunados "idealistas".

Muchas gracias.

